

¿NAZIS U.S.A.?

de la población de una manera mucho más eficaz de lo que actualmente permite la apatía política del estadounidense medio. Alemania predicaba el bien para sí; Estados Unidos promete el bien para toda la humanidad desde una presunta autoridad ética que a los hitlerianos no les importaba ni como apariencia.

Esta "autoridad humanitaria" permitió a Estados Unidos arrasar las ciudades de Alemania al concluir la segunda guerra mundial, en un escala incomparable a lo visto después en Irak, Vietnam o cualquier otra de las guerras americanas, y sólo superada por la devastación atómica de Hiroshima y Nagasaki. Notablemente, dicha "autoridad" no le fue discutida nunca por los pueblos alemán y japonés.

Es particularmente revelador el "olvido" colectivo de los alemanes contemporáneos de aquel "castigo ejemplar" del cual Kurt Vonneguth ha dado testimonio en *Mataadero Cinco*. El último libro de W.G. Sebald (1944-2001), el gran escritor alemán de fin de siglo, *Sobre la historia natural de la destrucción* (1999), escudriña esta increíble laguna mental del pueblo alemán mediante lo que parece una revisión crítica (demoledora, por cierto) de la literatura de posguerra, al menos en lo tocante a un tema que hasta ahora permanece oculto. Y que, como quiera, consistió en un colosal crimen de guerra de los aliados contra la población civil.

¿HEIL BUSH?

Como nunca antes, es difícil saber quién gobierna actualmente Estados Unidos. Y esto, sin contar la ob-

sesiva demostración que ha hecho el historiador John Nichols de que el "verdadero jefe" del gobierno es el vicepresidente Dick Cheney. (Un chiste recurrente en las manifestaciones antibush dice: "a bush and a dick=we're fucked" (en sentido coloquial: "un coño y un pito=estamos jodidos").

Para fines descriptivos, baste saber que el presidente nominal de Estados Unidos es (todavía) George W. Bush. Lo rodean el "general" civil Donald Rumsfeld, el magnate petrolero Dick Cheney, el mariscal ideológico Karl Rove y los halcones de rango medio Colin Powell, Paul Wolfowitz, Condoleezza Rice (negros y judíos ya caben), y la ultraderecha que representan John Ashcroft, Tom Ridge, James Baker y otras excelentes personas.

La hasta cierto punto irrelevante irrupción del popular Arnold Schwarzenegger como figura política disparó el interés en los antecedentes familiares de la élite política de Washington, no como genealogía incómoda sino como proyecto vigente. Con más ansiedad que entusiasmo, los periodistas Bob Fitakis y Harvey Wasserman, de *Free Press*, resucitaron viejos datos y nuevos hallazgos documentales que resumieron como sigue: "El abuelo de George W. Bush ayudó a financiar al partido nazi, y el abuelo de Karl Rove participó en la conducción de dicho partido, y de manera directa, ayudó en la construcción del campo de exterminio de Birkenau. A nadie extrañó pues que impulsara para gobernador de California al hijo de un tal Gus-

tav S., voluntario de los camisas pardas que llegó a capitán y participó en la 'Noche de los cristales rotos' y otras célebres tropelías del nazismo en ascenso durante los años 30" ("Counterpunch", 6 de octubre de 2003). Esto, sin contar las favorables opiniones que alguna vez emitió el propio actor-gobernador acerca de Adolf Hitler. En 1994, Mark Aaron y John Loftus establecieron en *La guerra secreta contra los judíos* que George Herbert Walker fue uno de los más importantes respaldos de Hitler en Estados Unidos. Inyectó dinero para el joven fascista a través de Union Banking Corporation. Tan lejos como 1926, este Walker (descendiente del filibustero Walker que asoló Centroamérica en el siglo XIX) se las arregló para poner a su flamante yerno Prescott Bush como vicepresidente de la compañía W. A. Harriman. Prescott Bush se convirtió en socio de la empresa cuando ésta se fusionó con Brown Harriman Company, y en 1934 llegó a la junta directiva de Union Banking, que respaldó el ascenso del partido nazi alemán y financió el inicio de la segunda guerra mundial.

E. Roland Harriman (hermano del futuro y prominente gobernador de Nueva York Averrel Harriman) era jefe de Prescott Bush y socio de los aristócratas Thyssen-Bornemiza (quienes romperían con

Hitler en 1938; los amigos americanos nunca rompieron con los nazis). Como ha señalado Johnatan D. Salant, estas amistades no impidieron que el abuelo Bush fuera electo senador por Connecticut en 1952 y se le considerara "presidenciable".

El 31 de julio de 1941, el gobierno de Franklin D. Roosevelt congeló 3 millones de dólares de Union Banking destinados a Fritz Thyssen, padrino económico de Hitler. De acuerdo con Loftus, "los amigos en Nueva York de Thyssen eran Prescott Bush y Herbert Walker", padre y abuelo, respectivamente, de quien dirigiría la CIA en los setenta y en la década siguiente gobernaría Estados Unidos (durante doce años, aunque sólo cuatro como presidente formal): George Bush.

El 20 de octubre de 1942, el gobierno de Estados Unidos ordenó el retiro de todas las operaciones financieras del régimen hitleriano en Nueva York, a cargo de Prescott Bush, y expropió Union Banking a través del Acta sobre

"tratos con el enemigo". La liquidación retribuyó a Bush y Walker con unos pobres 750 mil dólares por cabeza.

El 25 de septiembre de 2004, el diario inglés *Guardian* documentó nuevos detalles. Thyssen, dueño de la más grande empresa de acero y carbón de Alemania, se enriqueció gracias al rearme hitleriano. Uno de los pilares de la red corporativa internacional de Thyssen, Union Banking Company, trabajaba en exclusiva para el banco holandés Handel, controlado por Thyssen (Rotterdam y Suiza eran las Islas Caimán del momento). Más inquietantes son los vínculos de Prescott Bush con la Compañía Consolidada Acerera de Silesia, propiedad de Thyssen. "Durante la guerra, esta empresa, ubicada en la frontera germano-polaca, recurrió a la fuerza de trabajo de los esclavos de los

nazis en los campos de concentración, incluido Auschwitz", dice el *Guardian*.

En 2001, Kurt Julius Goldstein y Peter Gingold, sobrevivientes de Auschwitz, demandaron al gobierno de Estados Unidos y a la familia Bush por 40 millones de dólares, en compensación por haberse beneficiado del trabajo esclavizado de los reclusos. El caso fue desechado por

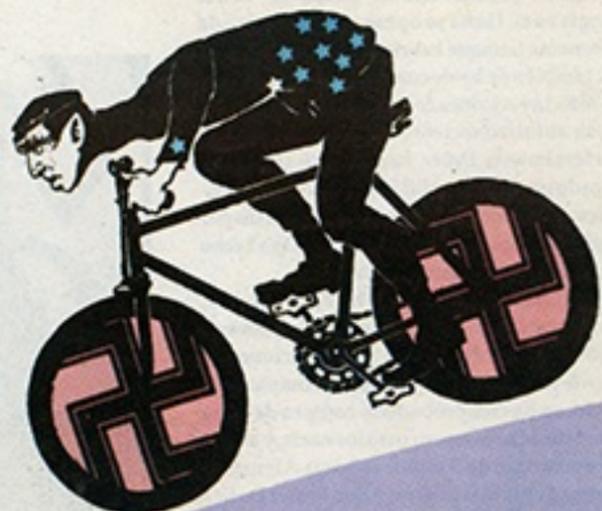
razones de "soberanía del Estado". No obstante, estos octogenarios han recurrido a la Corte Internacional de La Haya y esperan veredicto.

Libros posteriores revelan con exhaustivo detalle el lavado de dinero nazi de Bush y Harriman. Michael Kornish descubrió estas li-

sigue E3

Se encamina Estados Unidos a un régimen fascista? La pregunta, reiterada desde el ascenso de George W. Bush, sigue pareciendo más una bravata ideológica que una situación real. ¿Cómo demostrarlo en la nación de las libertades civiles (independientemente de su historial imperialista, que es otro asunto), donde la igualdad de oportunidades, aun con matices graves, rifa; una sociedad multirracial constituida por inmigrantes de todo el mundo? Para minorías, una: los nativos americanos, los pieles rojas de las películas.

El referente habitual es la Alemania nazi por razones casi obvias, al menos en términos de vocación imperial. Aquí empiezan los problemas de la transpolación, pues la diferencias pesan tanto como las similitudes. Alemania nunca fue mayor que alguno de los más extensos entre el medio centenar de estados de la Unión Americana. Aquella Alemania no era una democracia bipartidista, sino una dictadura militar, si bien movilizaba el apoyo



LA FIEBRE DE FAHRENHEIT 9/11

Cuando hacen uso irrestricto de la virulencia, o bien cuando sacan a pasear su mejor tono perdonavidas, los detractores de Michael Moore no están haciendo otra cosa que ponerse, sin mayor necesidad de pastoreo, exactamente donde y como el documentalista los quería tener: incómodos y alertas.

Comenzando por el propio director de *Fahrenheit 9/11*, que lo ha declarado sin ambages, todo mundo sabe que su más reciente filme tiene un último propósito: colaborar a que George W. Bush no se elija dentro de unos días. Las razones que lo mueven, si uno ha vivido en otro planeta y no las lee, las ve y las sufre de un modo u otro, están resumidas en el propio documental.

Independientemente de cuántos votos logre quitarle a ese garante/gestor/beneficiario de los intereses de la derecha corporativa depredadora y cuasi fascista, el método elegido por el también autor de *Masacre en Columbine* y *Roger & Me* es de una eficacia y una sencillez endemoniadas: se trata de decir la verdad con toda la ironía posible.

Es más que comprensible que quienes en la repartición de la riqueza se llevan trozo y no miga se incordien por la exhibición masiva

del documental y actúen en consecuencia. Lo que no tiene ninguna lógica es que entre todos los demás -es decir, casi todos- pueda haber alguien que le haga el trabajo sucio al poder económico y se ponga a hablar mal de *Fahrenheit 9/11*, ya sea por anuencia, por ignorancia o por mera candidez.

Quizá sea pronto para decirlo, pero estamos ante un fenómeno cinematográfico que trasciende al cine como pocas veces ha sucedido. Considerando la gravedad del tema y el objetivo planteados, es una frustración detenerse a pensar si la vena humorística de su autor no es la que uno prefiere, o si Moore está enamorado de la fama o si se está llenando los bolsillos. (En cuanto a esto último, el caso Moore sólo es la cresta de una ola que se ha repetido varias veces: el sistema estadounidense haciendo negocio lo mismo de un acto de protesta que de su propia decadencia.) Atenerse únicamente a una crítica formalista para acabar pergeñando que *Fahrenheit 9/11* "es un trabajo más bien regular de un cineasta con afanes protagónicos", equivale a perder el bosque por el árbol, cometiendo así un error monumental: creer que el cine no va más allá de la pantalla.

L.T.